



Ángel González

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

Entre los poetas míos...

Ángel González Muñiz

(1922 - 2008)

Poeta, ensayista y catedrático, nació en Oviedo el 6 de septiembre de 1925. Hijo y nieto de profesores, estudió Magisterio en su ciudad natal. Cuando tenía dieciocho meses de edad quedó huérfano de padre, hecho que marcó su infancia; la descomposición familiar prosiguió en los años siguientes: su hermano Manuel fue asesinado por el bando franquista a comienzos de la Guerra Civil Española; posteriormente su hermano Pedro se exilió por sus actividades republicanas y a su hermana Maruja no se le permitió ejercer como maestra por el mismo motivo.

Ángel González enfermó de tuberculosis en 1943; durante su lento proceso de recuperación se aficiona a leer poesía y también empieza a escribirla.

Tres años más tarde, superada la convalecencia, estudia derecho en la universidad de Oviedo y en 1950 se traslada a Madrid para estudiar Periodismo. Ingresa en el Cuerpo Técnico del Ministerio de Obras Públicas, pero en 1955 pide la excedencia y marcha a Barcelona. Allí hace amistad con el círculo de poetas de dicha ciudad (Agustín Goytisoló, Gil de Biedma, Carlos Barral...)

En 1956 publica su primer libro *Áspero Mundo*, por el que recibe el accésit del Premio Adonais.

De nuevo en Madrid, trabaja en la Administración Pública. Conoce a Gabriel Celaya, García Hortelano y otros escritores de su generación.

Publica nuevos poemarios: *Sin esperanza con convencimiento* (1961), *Grado elemental* (1962), *Palabra sobre palabra* (1965), *Tratado de urbanismo* (1967)...

En 1970 se traslada a Nuevo México, impartiendo clases como profesor invitado en la Universidad de Albuquerque. En años sucesivos van apareciendo nuevos poemarios cuya relación podrá encontrar el lector en la Bibliografía que encontrará en las páginas finales de este cuaderno.

En 1979 viaja a Cuba, donde forma parte del jurado del Premio Casa de las Américas. En ese mismo año conoce a Susana Rivera, con la que se casará en 1993, año en que se jubila como profesor de la Universidad de Nuevo México. Aunque sigue residiendo en EE.UU., realiza frecuentes visitas a España.

Algunos de los galardones obtenidos por Ángel González son: Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1985), Premio Internacional Salerno de Poesía (1991). En 1996 es nombrado miembro de la Real Academia Española y le otorgan el Premio Reina Sofía de Poesía Hispanoamericana.

Ángel González falleció en Madrid el 12 de enero de 2008, a los 82 años de edad.



A qué mirar

A qué mirar. A qué permanecer
seguros
de que todo es así, seguirá
siendo... Jamás pudo
ser de otra forma, compacto
y duro, este –perfecto en su cadencia-
mundo.

Preferible es no ver. Meter las manos
en un oscuro panorama, y no saber
qué es esto que aferramos, en un puro
afán de incertidumbre, de mentira.
Porque la verdad duele. Y lo único
que te agradezco ya es que me engañes
una vez más...

–“Te quiero mucho”-

Fuente: *Ángel González, en Cervantes Virtual*

Así parece

Acusado por los críticos literarios de realista,
mis parientes en cambio me atribuyen
el defecto contrario;
afirman que no tengo
sentido alguno de la realidad.
Soy para ellos, sin duda, un funesto espectáculo:
analistas de textos, parientes de provincias,
he defraudado a todos, por lo visto;
¡qué le vamos a hacer!

Citaré algunos casos:

Ciertas tías devotas no pueden contenerse,
y lloran al mirarme.
Otras mucho más tímidas me hacen arroz con leche,
como cuando era niño,
y sonríen contritas, y me dicen:
qué alto,
si te viese tu padre...,
y se quedan suspensas, sin saber qué añadir.

Sin embargo, no ignoro
que sus ambiguos gestos
disimulan
una sincera compasión irremediable
que brilla húmedamente en sus miradas
y en sus piadosos dientes postizos de conejo.

Y no sólo son ellas.

En las noches,
mi anciana tía Clotilde regresa de la tumba
para agitar ante mi rostro sus manos sarmentosas
y repetir con tono admonitorio:

¡Con la belleza no se come! ¿Qué piensas que es la vida?

Por su parte,
mi madre ya difunta, con voz delgada y triste,
augura un lamentable final de mi existencia:
manicomios, asilos, calvicie, blenorragia.

Yo no sé qué decirles, y ellas
vuelven a su silencio.
Lo mismo, igual que entonces.
Como cuando era niño.

Parece
que no ha pasado la muerte por nosotros.

De: *Prosemas o menos* (1985)

A un joven versificador

Nada te importa la verdad,
y eso no basta para ser poeta.

Para ganar las cimas del Olimpo
confías en tus amigos:
tantos y tan tontos
que acabaron metiéndote en sus antologías.

¿O lo hicieron adrede?
En cualquier caso,
merced a sus esfuerzos
tu estupidez —antes
celebrada tan sólo entre iniciados—
ya es pública y notoria.

Dales las gracias, pero desconfía.

De: Prosemas o menos (1985)

Camposanto en Collioure

Aquí paz,
y después gloria.

Aquí,
a orillas de Francia,
en donde Cataluña no muere todavía
y prolonga en carteles de «Toros à Ceret»
y de «Flamenco's Show»
esa curiosa España de las ganaderías
de reses bravas y de juergas sórdidas,
reposa un español bajo una losa:

paz

y después gloria.

Dramático destino,
triste suerte
morir aquí

—paz

y después...—

perdido,

abandonado
y liberado a un tiempo
(ya sin tiempo)
de una patria sombría e inclemente.

Sí; después gloria.

Al final del verano,
por las proximidades
pasan trenes nocturnos, subrepticios,
rebosantes de humana mercancía:
manos de obra barata, ejército
vencido por el hambre

—paz...—,

otra vez desbandada de españoles
cruzando la frontera, derrotados
—...sin gloria.

Se paga con la muerte
o con la vida,
pero se paga siempre una derrota.

¿Qué precio es el peor?
Me lo pregunto

y no sé qué pensar
ante esta tumba,
ante esta paz

—«Casino
de Canet: spanish gipsy dancers»,
rumor de trenes, hojas...—,
ante la gloria ésta
—...de reseco laurel—
que yace aquí, abatida
bajo el ciprés erguido,
igual que una bandera al pie de un mástil.

Quisiera,
a veces,
que borrarse el tiempo
los nombres y los hechos de esta historia
como borrará un día mis palabras
que la repiten siempre tercas, roncás.

De: Grado elemental (1962) Lección de cosas

Ciudad Cero

Una revolución.
Luego una guerra.
En aquellos dos años —que eran
la quinta parte de toda mi vida—,
ya había experimentado sensaciones distintas.
Imaginé más tarde
lo que es la lucha en calidad de hombre.
Pero como tal niño,
la guerra, para mí, era tan sólo:
suspensión de las clases escolares,
Isabelita en bragas en el sótano,
cementeros de coches, pisos
abandonados, hambre indefinible,
sangre descubierta
en la tierra o las losas de la calle,
un terror que duraba
lo que el frágil rumor de los cristales
después de la explosión,
y el casi incomprensible
dolor de los adultos,
sus lágrimas, su miedo,
su ira sofocada,
que, por algún resquicio,
entraban en mi alma
para desvanecerse luego, pronto,
ante uno de los muchos
prodigios cotidianos: el hallazgo
de una bala aún caliente,
el incendio
de un edificio próximo,
los restos de un saqueo
—papeles y retratos
en medio de la calle...

Todo pasó,
todo es borroso ahora, todo
menos eso que apenas percibía
en aquel tiempo
y que, años más tarde,
resurgió en mi interior, ya para siempre:
este miedo difuso,
esta ira repentina,
estas imprevisibles
y verdaderas ganas de llorar.

De: Tratado de urbanismo (1967)

Contra-orden.

(Poética por la que me pronuncio ciertos días)

Esto es un poema.

Aquí está permitido
fijar carteles,
tirar escombros, hacer aguas
y escribir frases como:

Marica el que lo lea,
Amo a Irma,
Muera el... (silencio),
Arena gratis,
Asesinos,
etcétera.

Esto es un poema.
Mantén sucia la estrofa.
Escupe dentro.

Responsable la tarde que no acaba,
el tedio de este día,
la indeformable estolidez del tiempo.

Fuente: Material de lectura n°.142 . UNAM.

Chatarra

El hierro que fue eje, los aceros
que integraron las bielas,
el cobre que condujo la energía
y todos los metales
que, bajo formas agrias y angulosas,
dieron cuerpo a las piezas de la máquina,
que giraron
con ritmo exacto y actitud sumisa,
con ciega fuerza y fe no menos ciega
en provecho del hombre y su esperanza,
yacen aquí, confusos, desvaídos,
sumidos en idéntico desprecio,
disueltos en orín y sal, dejados
de la mano que un día los creara.

Podría salvarse algo todavía,
aún es posible la llegada
de una segunda mano que, piadosa,
restañe las heridas de la herrumbre,
despliegue la caricia del aceite
sobre la piel roída del acero;
mas todo, en general, está perdido.

El fuego
igualará las ruedas y los vástagos,
confundirá los muelles y los émbolos,
devolverá las tuercas desgastadas
a la inercia y a la nada minerales,
a la materia original
de donde surgirán otras formas limpias, puras,
libres acaso del estigma fatal de la chatarra.

De: *Tratado de urbanismo*

Cuando el hombre se extinga

Cuando el hombre se extinga,
cuando la estirpe humana al fin se acabe,
todo lo que ha creado
comenzará a agitarse,
a ser de nuevo,
a comportarse libremente

—como

los niños que se quedan
solos en casa
cuando sus padres salen por la noche.

Héctor conseguirá humillar a Aquiles,
Luzbel volverá a ser lo que era antes,
fornicará Susana con los viejos,
avanzará un gran monte hacia Mahoma.

Cuando el hombre se acabe
—cualquier día—,
un crepitar de polvo y de papeles
proclamará al silencio
la frágil realidad de sus mentiras.

Prosemas o menos (1985)

Discurso a los jóvenes

De vosotros,
los jóvenes,
espero
no menos cosas grandes que las que realizaron
vuestros antepasados.
Os entrego
una herencia grandiosa:
sostenedla.
Amparad ese río
de sangre,
sujetad con segura
mano
el tronco de caballos
viejísimos,
pero aún poderosos,
que arrastran con pujanza
el fardo de los siglos
pasados.

Nosotros somos estos
que aquí estamos reunidos,
y los demás no importan.

Tú, Piedra,
hijo de Pedro, nieto
de Piedra
y biznieto de Pedro,
esfuérate
para ser siempre piedra mientras vivas,
para ser Pedro Petrificado Piedra Blanca,
para no tolerar el movimiento
para asfixiar en moldes apretados
todo lo que respira o que palpita.

A ti,
mi leal amigo,
compañero de armas,
escudero,
sostén de nuestra gloria,
joven alférez de mis escuadrones
de arcángeles vestidos de aceituna,
sé que no es necesario amonestarte:
con seguir siendo fuego y hierro,
basta.
Fuego para quemar lo que florece.
Hierro para aplastar lo que se alza.

Y finalmente,
tú, dueño
del oro y de la tierra
poderoso impulsor de nuestra vida,
no nos faltes jamás.
Sé generoso
con aquéllos a los que necesitas,
pero guarda,
expulsa de tu reino,
mantenlos más allá de tus fronteras,
déjalos que se mueran,
si es preciso,
a los que sueñan,
a los que no buscan
más que luz y verdad,
a los que deberían ser humildes
y a veces no lo son, así es la vida.

Si alguno de vosotros
pensase
yo le diría: no pienses.

Pero no es necesario.

Seguid así,
hijos míos,
y yo os prometo
paz y patria feliz,
orden,
silencio.

De: Sin esperanza, con convencimiento (1961)

El derrotado

Atrás quedaron los escombros:
humeantes pedazos de tu casa,
veranos incendiados, sangre seca
sobre la que se ceba —último buitre—
el viento.

Tú emprendes viaje hacia adelante, hacia
el tiempo bien llamado porvenir.
Porque ninguna tierra
posees,
porque ninguna patria
es ni será jamás la tuya,
porque en ningún país
puede arraigar tu corazón deshabitado.

Nunca —y es tan sencillo—
podrás abrir una cancela
y decir, nada más: «buen día,
madre».
Aunque efectivamente el día sea bueno,
haya trigo en las eras
y los árboles
extiendan hacia ti sus fatigadas
ramas, ofreciéndote
frutos o sombra para que descanses.

De: *Sin esperanza, con convencimiento* (1961)

Entreacto

No acaba aquí la historia.
Esto es sólo
una pequeña pausa para que descansemos.
La tensión es tan grande,
la emoción que desprende la trama es tan
intensa,
que todos,
bailarines y actores, acróbatas
y distinguido público,
agradecemos
la convencional tregua del entreacto,
y comprobamos
alegremente que todo era mentira,
mientras los músicos afinan sus violines.

Hasta ahora hemos visto
varias escenas rápidas que preludiaban muerte,
conocemos el rostro de ciertos personajes
y sabemos
algo que incluso muchos de ellos ignoran:
el móvil
de la traición y el nombre
de quien la hizo.
Nada definitivo ocurrió todavía,
pero
la desesperación está nítidamente
dibujada, y los intérpretes
intentan evitar el rigor del destino
poniendo
demasiado calor en sus exuberantes
ademanes, demasiado carmín en sus sonrisas
falsas,
con lo que —es evidente— disimulan
su cobardía, el terror

que dirige
sus movimientos en el escenario.

Aquellos
ineficaces y tortuosos diálogos
refiriéndose a ayer, a un tiempo
ido,
completan, sin embargo,
el panorama roto que tenemos
ante nosotros, y acaso
expliquen luego muchas cosas, sean
la clave que al final lo justifique
todo.

No olvidemos tampoco
las palabras de amor junto al estanque,
el gesto demudado, la violencia
con que alguien dijo:

«NO»,

mirando al cielo,

y la sorpresa que produce
el torvo jardinero cuando anuncia:

»Llueve, señores,
llueve
todavía«.

Pero tal vez sea pronto para hacer conjeturas:
dejemos
que la tramoya se prepare,
que los que han de morir recuperen su aliento,
y pensemos,
cuando el drama prosiga y el dolor
fingido
se vuelva verdadero en nuestros corazones,
que nada puede hacerse, que está próximo
el final que tememos de antemano,
que la aventura acabará, sin duda,
como debe acabar, como está escrito,
como es inevitable que suceda.

De: Sin esperanza, con convencimiento (1961)

El campo de batalla

Hoy voy a describir el campo
de batalla
tal como yo lo vi, una vez decidida
la suerte de los hombres que lucharon,
muchos hasta morir,
otros
hasta seguir viviendo todavía.

No hubo elección:
murió quien pudo,
quien no pudo morir continuó andando,
los árboles nevaban lentos frutos,
era verano, invierno, todo un año
o más quizá: era la vida
entera
aquel enorme día de combate.

Por el oeste el viento traía sangre,
por el este la tierra era ceniza,
el norte entero estaba
bloqueado
por alambradas secas y por gritos,
y únicamente el sur,
tan sólo
el sur,
se ofrecía ancho y libre a nuestros ojos.

Pero el sur no existía:
ni agua, ni luz, ni sombra, ni ceniza
llenaban su oquedad,
su hondo vacío:
el sur era un enorme precipicio,
un abismo sin fin de donde,
lentos,

los poderosos buitres ascendían.

Nadie escuchó la voz del capitán
porque tampoco el capitán hablaba.

Nadie enterró a los muertos.

Nadie dijo:

“dale esto a mi novia si la encuentras
un día”.

Tan sólo alguien remató a un caballo
que, con el vientre abierto,
agonizante,
llenaba con su espanto el aire en sombra:
el aire que la noche amenazaba.

Quietos, pegados a la dura
tierra,
cogidos entre el pánico y la nada,
los hombres esperaban el momento
último,
sin oponerse ya,
sin rebeldía.

Algunos se murieron,
como dije,
y los demás, tendidos, derribados,
pegados a la tierra en paz al fin,
esperan ya no sé qué
—quizá que alguien les diga:
“amigos, podéis iros, el combate...”

Entre tanto,
es verano otra vez,
y crece el trigo
en el que fue ancho campo de batalla.

De: *Sin esperanza, con convencimiento*

El día se ha ido

Ahora andará por otras tierras,
llevando lejos luces y esperanzas,
aventando bandadas de pájaros remotos,
y rumores, y voces, y campanas,
—ruidoso perro que menea la cola
y ladra ante las puertas entornadas.

(Entretanto, la noche, como un gato
sigiloso, entró por la ventana,
vio unos restos de luz pálida y fría, y
se bebió la última taza.)

Sí;
definitivamente el día se ha ido.
Mucho no se llevó (no trajo nada);
sólo un poco de tiempo entre los dientes,
un menguado rebaño de luces fatigadas.
Tampoco lo lloréis. Puntual e inquieto,
sin duda alguna, volverá mañana.
Ahuyentará a ese gato negro.
Ladará hasta sacarme de la cama.

Pero no será igual. Será otro día.

Prosemas o menos (1985)

Elegido por aclamación

Sí, fue un malentendido.

Gritaron: ¡A las urnas!
y él entendió: ¡A las armas! -dijo luego.
Era pundonoroso y mató mucho.
Con pistolas, con rifles, con decretos.

Cuando envainó la espada dijo, dice:
La democracia es lo perfecto.
El público aplaudió. Sólo callaron,
impasibles, los muertos.

El deseo popular será cumplido.
A partir de esta hora soy -silencio-
el Jefe, si queréis. Los disconformes
que levanten el dedo.

Inmóvil mayoría de cadáveres
le dio el mando total del cementerio.

Fuente: *Ángel González en: [Cervantes virtual](#)*

Feliz semana santa

Ciudadanos perfectos a estas horas
honorables cabezas de familia
que lleváis a los labios vuestra servilleta
antes de pronunciar las palabras rituales
en acción de gracias por la abundante cena:

vuestra responsabilidad de sólidos pilares
de la civilización y de Occidente,
del consumo de bicarbonato sódico
y del paternalismo hacia la servidumbre,
exige de vuestra parte
cierta ignorancia de hechos también ciertos,
un esfuerzo final en bien de todos,
la tozuda incomprensión de algunas realidades,
la fe más meritoria, en resumen, que consiste
en no creer en lo evidente.

Yo podría jurar que la tierra está fija
-ya lo juré otras veces
y que el sol gira en torno a ella;
yo podría negar que la sangre circula
-lo seguiré negando, si hace falta
por las venas del hombre; yo podría
quemar vivo a quien diga lo contrario
-lo estoy quemando ahora-.

No es que sean importantes los asuntos
objeto de polémica:
lo importante es la rígida
firmeza en el error.
Pues las mentiras viejas se convierten
en materia de fe,
y de esa forma
quien ose discutirnos

debe afrontar la acusación de impío.
Con esto,
y una buena cosecha de limones,
y la ayuda impagable de nuestros coaligados,
podemos esperar algunos lustros
de paz como esta de hoy,
en una noche
semejante a esta de hoy,
tras una cena
lo mismo que esta de hoy.

Tal como siempre, pues, pedid conmigo:
Más fe, mucha más fe.

Que en cierto modo,
creer con fuerza tal lo que no vimos
nos invita a negar lo que miramos.

De: *Alocución a las 23*

Glosas a Heráclito

1

Nadie se baña dos veces en el mismo río.
Excepto los muy pobres.

2

Los más dialécticos, los multimillonarios:
nunca se bañan dos veces en el mismo
traje de baño.

3

(Traducción al chino)

Nadie se mete dos veces en el mismo lío.
(Excepto los marxistas-leninistas.)

4

(Interpretación del pesimista)

Nada es lo mismo, nada
permanece.

Menos
la Historia y la morcilla de mi tierra:

se hacen las dos con sangre, se repiten.

De: *Palabra sobre palabra*

Introducción a las fábulas para animales

Durante muchos siglos
la costumbre fue ésta:
aleccionar al hombre con historias
a cargo de animales de voz docta,
de solemne ademán o astutas tretas,
tercos en la maldad y en la codicia
o necios como el ser al que glosaban.
La humanidad les debe
parte de su virtud y su sapiencia
a asnos y leones, ratas, cuervos,
zorros, osos, cigarras y otros bichos
que sirvieron de ejemplo y moraleja,
de estímulo también y de escarmiento
en las ajenas testas animales,
al imaginativo y sutil griego,
al severo romano, al refinado
europeo,
al hombre occidental, sin ir más lejos.
Hoy quiero —y perdonad la petulancia—
compensar tantos bienes recibidos
del gremio irracional
describiendo algún hecho sintomático,
algún matiz de la conducta humana
que acaso pueda ser educativo
para las aves y para los peces,
para los celentéreos y mamíferos,
dirigido lo mismo a las amebas
más simples
como a cualquier especie vertebrada.
Ya nuestra sociedad está madura,
ya el hombre dejó atrás la adolescencia
y en su vejez occidental bien puede
servir de ejemplo al perro

para que el perro sea
más perro,
y el zorro más traidor,
y el león más feroz y sanguinario,
y el asno como dicen que es el asno,
y el buey más inhibido y menos toro.
A toda bestia que pretenda
perfeccionarse como tal
—ya sea
con fines belicistas o pacíficos,
con miras financieras o teológicas,
o por amor al arte simplemente—
no cesaré de darle este consejo:
que observe al homo sapiens, y que aprenda.

De: *Grado elemental* (1962)

Los sábados

Las prostitutas madrugan mucho
para estar dispuestas...

Elena despertó a las dos y cinco,
abrió despacio las contraventanas
y el sol de invierno hirió sus ojos
enrojecidos. Apoyada
la frente en el cristal,
miró a la calle: niños con bufandas,
perros. Tres curas
paseaban.

En ese mismo instante,
Dora comenzaba
a ponerse las medias.
Las ligas le dejaban
una marca en los muslos ateridos.
Al encender la radio -«Aida:
marcha nupcial»-,
recordaba palabras
-«Dora, Dorita, te amo»-
a la vez que intentaba
reconstruir el rostro de aquel hombre
que se fue ayer -es decir, hoy- de madrugada,
y leía distraída una moneda:
«Veinticinco pesetas.» «...por la gracia
de Dios.»

(Y por la cama)

Eran las tres y diez cuando Conchita
se estiraba
la piel de las mejillas
frente al espejo. Bostezó. Miraba
su propio rostro con indiferencia.

Localizó tres canas
en la raíz oscura de su pelo
amarillo. Abrió luego una caja
de crema rosa, cuyo contenido
extendió en torno a su nariz. Bostezaba,
y aprovechó aquel gesto
indefinible para
comprobar el estado
de una muela careada
allá en el fondo de sus fauces secas,
inofensivas, turbias, algo hepáticas.

Por otra parte,
también se preparaba
la ciudad.
El tren de las catorce treinta y nueve
alteró el ritmo de las calles. Miradas
vacilantes, ojos
confusos, planteaban
imprecisas preguntas
que las bocas no osaban
formular.
En los cafés, entraban
y salían los hombres, movidos
por algo parecido a una esperanza.
Se decía que aún era temprano. Pero
a las cuatro, Dora comenzaba
a quitarse las medias -las ligas
dejaban una marca
en sus muslos.
Lentas, solemnes, eclesiásticas,
volaban de las torres
palomas y campanas.
Mientras
se bajaba la falda,
Conchita vio su cuerpo
-y otra sombra vaga-

moverse en el espejo
de su alcoba. En las calles y plazas
palidecía la tarde de diciembre. Elena
cerró despacio las contraventanas.

Fuente: *A media voz: Ángel González*

Me falta una palabra

Me falta una palabra, una palabra
sólo.

Un niño pide pan; yo pido menos.

Una palabra dadme, una sencilla
palabra que haga juego
con...

Qué torpes

*mujeres sucias me interrumpen
con su lento llorar...*

Comprended: cualquiera de vosotros,
olvidada en sus bolsos, en su cuerpo,
puede tener esa palabra.

Cruza más gente rota, llegan miles

de muertos.

La necesito: ¿No veis
que sufro?

Casi la tenía ya y vino ese hombre

ceniciento.

Ahora...

¡Una vez más!

Así no puedo.

De: *Áspero mundo*, 1956

Mendigo

Es difícil andar
si se ignoran
las vueltas del camino,
si se duda
la firmeza del suelo que pisamos,
si se teme
que la vereda verdadera
haya quedado atrás
a la derecha de aquellos pinos...
(o quién sabe
si perdiéndose en otra primavera,
hace tiempo,
cuando una cálida brisa me empujó hacia el sur,
y yo pensé:
“el viento quizá sepa”
y uní a él mi destino, y seguí andando,
y llegué hasta esta orilla
de mi vida
en donde
–después de tanto esfuerzo
me he sentado
a recibir
lo que los transeúntes quieran darme).

*–Una sonrisa para este vagabundo
caballero.*

*–Dejad en mis pupilas,
bondadosa señora,
algo de la belleza y de la luz
que hay en vuestra mirada también triste.*

Lo que los transeúntes quieran darme.

De: *Sin esperanza, con convencimiento*

Muerte en la tarde

De los cientos de muertes que me habitan,
ésta de hoy es la que menos sangra.
Es la muerte que viene con las tardes,
cuando las sombras pálidas se alargan,
y los contornos se derrumban,
y se perfilan las montañas.

Entonces alguien pasa pregonando
su mercancía bajo la ventana,
a la que yo me asomo para ver
las últimas farolas apagadas.

Por las cenizas de las calles cruzan
sombras sin dejar huellas, hombres que pasan,
que no vienen a mí ni en mí se quedan,
a cuestras con su alma solitaria.

La luz del día huye hacia el oeste.
El aire de la noche se adelanta,
y nos llega un temor agrio y confuso,
casi dolor, apenas esperanza.

Todo lo que me unía con la vida
deja de ser unión, se hace distancia,
se aleja más, al fin desaparece,
y muerto soy,
...y nadie me levanta.

De: *Áspero mundo*, 1956.

Nada es lo mismo

La lágrima fue dicha.

Olvidemos
el llanto
y empecemos de nuevo,
con paciencia,
observando a las cosas
hasta hallar la menuda diferencia
que las separa
de su entidad de ayer
y que define
el transcurso del tiempo y su eficacia.

¿A qué llorar por el caído
fruto,
por el fracaso
de ese deseo hondo,
compacto como un grano de simiente?

No es bueno repetir lo que está dicho.
Después de haber hablado,
de haber vertido lágrimas,
silencio y sonreíd:

nada es lo mismo.

Habrá palabras nuevas para la nueva historia
y es preciso encontrarlas antes de que sea tarde.

De: *Grado elemental* (1962)

Nota necrológica

El perfecto funcionario,
el ciudadano honesto,
tras largos años de servicios al Estado
y al onanismo –era de estado viudo-,
había logrado con el tiempo
una estructura ósea funcional
perfectamente adaptada al pupitre
sobre el que se inclinaba cada día
ocho horas
(desde las nueve en punto
de todas las mañanas,
desde el centro ferviente
de todos sus deseos),
ocho horas, sabedlo,
ocho diarias
horas
dedicadas
 a delicadas
 manipulaciones
con míticos papeles que él no osaba
comprender,
pero que resumía
en el Libro Registro,
con grácil perfección de pendolista.

Un esqueleto así, una paciencia
tan valiosa,
un talento
llevado hasta los límites más fértiles
de su especialidad: caligrafía,
una puntualidad tan bien lograda,
un temblor tan notorio ante los jefes,
no podían quedar sin recompensa.
Y de este modo,

obtuvo los ascensos que marca el Reglamento
el derecho
a pagar mensualmente
la cuota titulada del Seguro
de Vejez (luego es seguro
–pensaba que
si pago esto
moriré muy anciano, ya no hay duda),
la percepción del Plus de Carestía
de Vida (es formidable:
la vida sube, es cierto, pero en cambio
todo –y aún hay quien protesta-
está previsto)
y un sin par privilegio consistente
en el deber de usar corbata,
y hasta de afeitarse tres veces por semana.

De su bronquitis y de su miopía
-mañanas frías, documentos largos-
es preferible no hablar
en atención a su modestia. Sólo
recordaremos su presencia de ánimo,
su indiferencia ante los elogios
cuando
-con ocasión de no sé qué acto público-
alguien
habló del brillo
de la virtud,
y él trató de ocultar contra un pupitre
los codos grises de su americana
resplandecientes y delgados como
el plumaje de plata de un arcángel.

Y en fin, para qué más. Su biografía
-es decir, su expediente-
se cerró un día de brumoso enero. El asma
pudo con el tesón y la costumbre

y logró sujetar ya para siempre
aquel cuerpo que iba y que tosía
cada mañana en punto hacia una mesa,
cada jornada entera hasta muy tarde.

Esa mano indomable con la pluma,
esa honesta
testa que detestaba el pensamiento
(o se piensa o se cumple lo ordenado
solía murmurar) yacen ahora
confundidas con huesos menos nobles
bajo una piedra idéntica a otras muchas.

Solamente su nombre y su apellido
de teórico ser civil y humano
dan fe de una existencia inexistente,
cubren las apariencias de una vida
que nunca fue más real que ahora, cuando
al olvido que incide en su memoria
se opone el fiel contraste de la muerte.

De: *Grado elemental*

Perla de las Antillas

Ha estallado una perla, y las cenizas
de la libertad,
empujadas por el viento del Caribe,
siembran el desconcierto y el terror
entre los responsables de un continente inmenso.
Desde la Casa Blanca a la Rosada,
todos los techos de las Grandes Casas
están amenazados
por el irreparable, cruel desastre:
ha estallado una perla y los residuos
de la dignidad
pueden contaminar a mucha gente.

Es preciso evitarlo, porque
si los indios que obtienen el estaño y el cobre
en las minas de Chile y de Bolivia,
si los habitantes de los suburbios de Buenos Aires
y los desposeídos del Perú,
si los oscuros buscadores de caucho
y los integrantes de las tribus de Paraguay de Colombia,
si los analfabetos de Méjico
inscritos en el centro de electores y borrados del Registro
[de la propiedad,
si los que fertilizan con su sudor las plantaciones
de azúcar y café
si los que recortan las pesadas selvas a golpe de machete
para incrementar la producción mundial de piñas
[en conserva,
si todos ellos y sus otros muchos
hermanos
en la desnutrición
sufriesen en su carne
la quemadura nefanda de la escoria
de la dignidad,
acaso

pretendiesen ser libres.

Y entonces

¿qué sería de las grandes Compañías,
de los trusts y los cárteles,
de los jugadores de Bolsa
y de los propietarios de prostíbulos?
En nombre de esos valores fundamentales
y de otros menos cotizados,
alguien debe hacer algo
para evitarlo.

Pero

ha estallado una perla.
Peligroso es ahora el viento del Caribe.
Entre el olor salobre de la mar,
y el aroma más denso de las frutas del Trópico,
entre el brillante polen de las flores
que crecen donde el sol es un flagelo
infatigable y amarillo,
entre plumas de verdes papagayos,
y golpes de guitarras, y sonrisas
blancas como canciones en la noche,
el viento arrastra una semilla
perfumada y violenta,
una simiente fina como el polvo,
nube dorada o resplandor sin nube,
que los tifones lanzan -trizada
perla- contra las costas más lejanas,
y las brisas recogen y pasean,
y las lluvias abaten -astillada
Antilla- sobre el suelo,
tormenta ciega o cielo derribado
-izada Cuba, como una bandera-
llama implacable o luz definidora,
mas siempre pura, viva, poderosa,
fértil semilla de la libertad.

De: *Grado elemental*

Oda a los nuevos bardos

Mucho les importa la poesía.
Hablan constantemente de la poesía,
y se prueban metáforas como putas sostenes
ante el oval espejo de las oes pulidas
que la admiración abre en las bocas afines.

Aman la intimidad, sus interioridades
les producen orgasmos repentinos:
entreaman las sedas de su escote,
desatan cintas, desanudan lazos,
y misteriosamente,
con señas enigmáticas que el azar mitifica,
llaman a sus adeptos:
—Mira, mira...

Detrás de las cortinas,
en el lujo en penumbra de los viejos salones
que los brocados doran con resplandor oscuro,
sus adiposidades brillan pálidamente
un instante glorioso.
Eso les basta.

Otras tardes de otoño reconstruyen
el esplendor de un tiempo desahuciado
por deudas impagables, perdido en la ruleta
de un lejano Casino junto a un lago
por el que se deslizan cisnes, cisnes
cuyo perfil
—anotan sonrientes—
susurra, intermitente, esos silentes:
aliterada letra herida,
casi exhalada
—puesto que surgida
de la aterida pulcritud del ala—

en un S. O. S. que resbala
y que un peligro inadvertido evoca.
¡Y el cisne-cero-cisne que equivoca
al agua antes tranquila y ya alarmada,
era tan sólo nada-cisne-nada!

Pesados terciopelos sus éxtasis sofocan.

Fuente: <http://www.poesi.as/ag77240.htm>

Orden (Poética a la que otros se aplican.)

Los poetas prudentes,
como las vírgenes —cuando las había—,
no deben separar los ojos
del firmamento.
¡Oh, tú, extranjero osado
que miras a los hombres:
contempla las estrellas!
(El Tiempo, no la Historia.)
Evita
la claridad obscena.
(Cave canem.)
Y edifica el misterio.
Sé puro:
no nombres; no ilumines.
Que tu palabra oscura se derrame en la noche
sombria y sin sentido
lo mismo que el momento de tu vida.

Fuente: <http://www.poesi.as/ag770302.htm>

Otro tiempo vendrá distinto a éste...

Otro tiempo vendrá distinto a éste.
Y alguien dirá:
«Hablaste mal. Debiste haber contado
otras historias:
violines estirándose indolentes
en una noche densa de perfumes,
bellas palabras calificativas
para expresar amor ilimitado,
amor al fin sobre las cosas
todas.»

Pero hoy,
cuando es la luz del alba
como la espuma sucia
de un día anticipadamente inútil,
estoy aquí,
insomne, fatigado, velando
mis armas derrotadas,
y canto
todo lo que perdí: por lo que muero.

De: Sin esperanza, con convencimiento (1961)

Palabras del Anticristo

Yo soy
la mentira y la muerte
(es decir, la verdad última
del hombre).

Sé que no hay esperanza,
pero te dije:
 espera,
con el único fin
de envenenar la vida
con la letal ponzoña de los sueños.

No hubo resurrección.

Una gran piedra
selló mi tumba,
 en la que sólo había
silencio y sombra.
Nada hallaron en ella, salvo sombra y silencio.

Yo soy el que no fue
ni será nunca:
 en la oquedad vacía,
la turbia resonancia de tu miedo.

De: *Prosemas o menos* (1985)

Para que yo me llame Ángel González

Para que yo me llame Ángel González,
para que mi ser pese sobre el suelo,
fue necesario un ancho espacio
y un largo tiempo:
hombres de todo el mar y toda tierra,
fértiles vientres de mujer, y cuerpos
y más cuerpos, fundiéndose incesantes
en otro cuerpo nuevo.
Solsticios y equinoccios alumbraron
con su cambiante luz, su vario cielo,
el viaje milenario de mi carne
trepando por los siglos y los huesos.
De su pasaje lento y doloroso
de su huida hasta el fin, sobreviviendo
naufragios, aferrándose
al último suspiro de los muertos,
yo no soy más que el resultado, el fruto,
lo que queda, podrido, entre los restos;
esto que veis aquí,
tan sólo esto:
un escombros tenaz, que se resiste
a su ruina, que lucha contra el viento,
que avanza por caminos que no llevan
a ningún sitio. El éxito
de todos los fracasos. La enloquecida
fuerza del desaliento...

De: *Áspero mundo*, 1955

Porvenir

Te llaman porvenir
porque no vienes nunca.
Te llaman: porvenir,
y esperan que tú llegues
como un animal manso
a comer en su mano.
Pero tú permaneces
más allá de las horas,
agazapado no se sabe dónde.
!Mañana!

Y mañana será otro día tranquilo
un día como hoy, jueves o martes,
cualquier cosa y no eso
que esperamos aún, todavía, siempre.

De: *Sin esperanza, con convencimiento* (1961)

Reflexión primera

Despertar para encontrarme
esto:
la vida así dispuesta,
el cielo
turbio, la lluvia
que lame los cristales.

Abrir los ojos para ver
lo mismo,
poner el cuerpo en marcha para andar
lo mismo,
comenzar a vivir, pero sabiendo
el fracaso final de la hora último.

Si esto es la vida, Dios,
si éste es tu obsequio,
te doy las gracias –gracias- y te digo:
Guárdalo para ti y para tus ángeles.

Me hace daño la luz con que me alumbras,
me enloquece tu música
de pájaros,
pesa tu cielo demasiado,
oprime, aplasta, bajo y gris, como una losa.

Todo está bien, lo sé.
Tu orden
se cumple.

 Pero alguien
envenenó las fuentes
de mi vida, y mi corazón es
pasión inútil, odio
ciego, amor desorbitado,
crisol donde se funden

contrariedades con contradicciones.

Y mi voluntad sigue,
inútilmente,
empeñada en la lucha más terrible:
vivir lo mismo que si tú existieras.

De: *Sin esperanza, con convencimiento.*

Si serenases

Si serenases
tu pensamiento, si pudieses
detenerte y pensar,
mirar en torno, tocar las cosas
entre las que pasas,
acaso
te sería sencillo reconocer
rostros, no sé, lugares,
gentes que hablen tu mismo idioma y te comprendan.

Si fueses
capaz de hallar un sitio donde echarte
boca abajo, y cerrar
los ojos,
y mirar despacio, dentro de tu
vida,
quizá
te resultase fácil averiguar
algo, saber
a qué lugar quieres ir,
de dónde vienes,
para qué estás aquí,
cuál es tu nombre.

Pero el tiempo no existe,
y tienes prisa:
no hay sitio para ti en el descampado
donde habitas,
el llanto
puede llegar de pronto, la luz cae
en la sombra –casi
invierno, el otoño se vuelve lluvia y frío-
nadie mira hacia ti, anda,
apresúrate,

tu cuerpo fatigado necesita
descanso
es ya de noche,
corre,
aquí tampoco,
es preciso llegar, no
te detengas,
sigue buscando, muévete, camina.

De: *Sin esperanza, con convencimiento*

Te tuve:

Te tuve
cuando eras
dulce,
acariciado mundo.
Realidad casi nube.
¡Cómo te me volaste de los brazos!

Ahora te siento nuevamente.
No por tu luz, sino por tu corteza,
percibo tu inequívoca
presencia.
...agrios perfiles, duros meridianos,
¡áspero mundo para mis dos manos!

De: *Áspero mundo*

Todos ustedes parecen felices

...y sonríen, a veces, cuando hablan.
Y se dicen, incluso
palabras de amor. Pero
se aman
de dos en dos
para
odiar de
mil en mil. Y guardan
toneladas de asco
por cada
milímetro de dicha.
Y parecen –nada
más que parecen- felices,
y hablan
con el fin de ocultar esa amargura
inevitable, y cuántas
veces no lo consiguen, como
no puedo yo ocultarla
por más tiempo: esta
desesperante, estéril, larga,
ciega desolación por cualquier cosa
que –hacia dónde no sé- lenta, me arrastra.

Fuente: *A media voz: Ángel González*

Viejo tapiz

Todo el mundo era pobre en aquel tiempo,
todos entretejían
sin saberlo
—a veces sonreían—
los hilos de tristeza
que formaba la trama de la vida
(inconsistente tela, pero
qué estambre terco, la esperanza).
Unas hebras
de amor doraban
un extremo de aquel tapiz sombrío
en el que yo era un niño que corría
no sé de qué o hacia dónde,
tal vez hacia el espacio luminoso
que urdían incansables
las obstinadas manos amorosas.

Nunca llegué a esa luz.
Cuando iba a alcanzarla,
el tiempo, más veloz,
ya la había apagado con su pátina.

De: *Otoños y otras luces* (2001)

Bibliografía poética (no exhaustiva)

- *Áspero mundo*, M, Col. Adonais, 1956.
- *Sin esperanza, con convencimiento*, B., Colliure, 1961.
- *Grado elemental*, París, Ruedo Ibérico, 1962 (Premio Antonio Machado).
- *Palabra sobre palabra*, M., Poesía para todos, 1965, 1972 y 1977.
- *Tratado de urbanismo*, B., Col. El Bardo, 1967.
- *Breves acotaciones para una biografía*, Las Palmas de Gran Canaria, Inventarios provisionales, 1971.
- *Prosemas o menos*, 1984.
- *Deixis en fantasma*, M., Hiperión, 1992.
- *101 + 19 = 120 poemas*, 1999.
- *Otoños y otras luces*, B., Tusquets, 2001.
- *Palabra sobre palabra*, Barcelona, Seix Barral, 1994 (obra completa hasta 1992).

En Internet:

- Selección poética de Ángel González
- Poesía en el campus nº. 24: Ángel González
- Material de lectura de la UNAM, nº.142: Ángel González
- Cervantes Virtual: Ángel González
- http://www.poesi.as/Angel_Gonzalez.htm
- Entrevista a Ángel González
- La poesía de Ángel González
- Ángel González en Wikipedia

Índice

3	Semblanza biográfica
5	A qué mirar
6	Así parece
8	A un joven versificador
9	Camposanto en Collioure
11	Ciudad Cero
13	Contra-orden
14	Chatarra
15	Cuando el hombre se extinga
16	Discurso a los jóvenes
19	El derrotado
20	Entreacto
22	El campo de batalla
24	El día se ha ido
25	Elegido por aclamación
26	Feliz semana santa
28	Glosas a Heráclito
29	Introducción a las fábulas para animales
31	Los sábados
34	Me falta una palabra
35	Mendigo
36	Muerte en la tarde
37	Nada es lo mismo
38	Nota necrológica
41	Perla de las Antillas
43	Oda a los muertos
45	Orden
46	Otro tiempo vendrá distinto a éste...
47	Palabras del Anticristo
48	Para que yo me llame Ángel González
49	Porvenir
50	Reflexión primera
52	Si serenases
54	Te tuve
55	Todos ustedes parecen felices
56	Viejo tapiz
57	Bibliografía

Colección de Poesía Crítica
“Entre los poetas míos...”

- | | | | |
|----|-------------------------|----|------------------------|
| 1 | Ángela Figuera Aymerich | 35 | Fadwa Tuqan |
| 2 | León Felipe | 36 | Juan Gelman |
| 3 | Pablo Neruda | 37 | Manuel Scorza |
| 4 | Bertolt Brecht | 38 | David Eloy Rodríguez |
| 5 | Gloria Fuertes | 39 | Lawrence Ferlinghetti |
| 6 | Blas de Otero | 40 | Francisca Aguirre |
| 7 | Mario Benedetti | 41 | Fayad Jamís |
| 8 | Erich Fried | 42 | Luis Cernuda |
| 9 | Gabriel Celaya | 43 | Elvio Romero |
| 10 | Adrienne Rich | 44 | Agostinho Neto |
| 11 | Miguel Hernández | 45 | Dunya Mikhail |
| 12 | Roque Dalton | 46 | David González |
| 13 | Allen Ginsberg | 47 | Jesús Munárriz |
| 14 | Antonio Orihuela | 48 | Álvaro Yunque |
| 15 | Isabel Pérez Montalbán | 49 | Elías Letelier |
| 16 | Jorge Riechmann | 50 | María Ángeles Maeso |
| 17 | Ernesto Cardenal | 51 | Pedro Mir |
| 18 | Eduardo Galeano | 52 | Jorge Debravo |
| 19 | Marcos Ana | 53 | Roberto Sosa |
| 20 | Nazim Hikmet | 54 | Mahmud Darwish |
| 21 | Rafael Alberti | 55 | Gioconda Belli |
| 22 | Nicolás Guillén | 56 | Yevgueni Yevtushenko |
| 23 | Jesús López Pacheco | 57 | Otto René Castillo |
| 24 | Hans Magnus Enzensberg | 58 | Kenneth Rexroth |
| 25 | Denise Levertov | 59 | Vladimir Maiakovski |
| 26 | Salustiano Martín | 60 | María Beneyto |
| 27 | César Vallejo | 61 | José Agustín Goytisolo |
| 28 | Óscar Alfaro | 62 | Ángel González |
| 29 | Abdellatif Laâbi | 63 | Manuel del Cabral |
| 30 | Elena Cabrejas | 64 | Endre Farkas |
| 31 | Enrique Falcón | 65 | Ana Ajmatova |
| 32 | Raúl González Tuñón | | |
| 33 | Heberto Padilla | | |
| 34 | Wole Soyinka | | |
- Continuará...



Cuaderno 62 de Poesía Social

Ángel González

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Diciembre

2013

∞